

Hasta hace poco, si un viajero del centro-norte de Wisconsin torcía hacia la izquierda en el cruce de la carretera del río Brule y el lucio de Chequamegon, en el camino a Pashepaho, se encontraba en un país tan primitivo que parecería alejado de todo contacto humano. Si seguía conduciendo por la carretera poco transitada, con el tiempo podría pasar por algunas chozas derruidas donde presumiblemente había vivido gente, ahora recuperadas por el bosque; no es un país desolado, sino un área espesa de crecimiento, y en toda su extensión persiste un aura intangible de lo siniestro, una especie de opresión ominosa del espíritu que rápidamente se manifiesta incluso al viajero más casual.

Desde ahí el camino se vuelve cada vez más difícil de transitar, y eventualmente se llega a un albergue desierto construido al borde de un lago azul claro alrededor del cual los árboles centenarios se crían eternamente, un país donde los únicos sonidos son los gritos de los búhos, los chotacabras, los fantasmagóricos colimbos de la noche, la voz del viento en los árboles, y... ¿pero es siempre la voz del viento en los árboles? ¿Quién puede decir si la ramita rota es señal del paso de un animal o de algo más, alguna otra criatura más allá del alcance de nuestra comprensión?

Porque el bosque que rodeaba el albergue abandonado en Rick's Lake tenía una curiosa reputación mucho antes de que yo mismo la conociera, una reputación que trascendía historias similares sobre otros lugares primitivos. Hubo extraños rumores sobre algo que habitaba en las profundidades del bosque, algo mitad animal, mitad hombre. Los nativos que habitaban los límites de esa región no hablaban sobre eso, y se mencionaba sólo mediante obstinados movimientos de cabeza. El bosque tenía mala reputación; y ya antes del cambio de siglo tenía una historia que demoraba incluso al aventurero más intrépido.

El primer registro se dejó en los escritos de un misionero en su camino a través de ese país para acudir en ayuda de una tribu que, según el puesto de la bahía de Chequamegon, en el norte, estaban muriendo de hambre. P. Piregard desapareció, pero después los indios trajeron sus efectos: una sandalia, su rosario y un rezo en el que había escrito unas curiosas palabras que se habían conservado con esmero:

«Tengo la convicción de que alguna criatura me sigue. Al principio pensé que era un oso, pero ahora me veo obligado a creer que es algo increíblemente más monstruoso que cualquier cosa en esta tierra. La oscuridad está cayendo, y creo que he desarrollado un ligero delirio, porque persisto en escuchar música extraña y otros sonidos curiosos que seguramente no pueden derivar de ninguna fuente natural. También hay una ilusión inquietante, como de grandes pasos que realmente sacuden

la tierra, y varias veces me he encontrado con una huella muy grande que varía en forma...»

El segundo rumor es mucho más siniestro.

Cuando Big Bob Hiller, uno de los barones madereros más rapaces de todo el Medio Oeste, comenzó a invadir la región de Rick's Lake a mediados del siglo pasado, quedó impresionado por el bosque de pinos en el área cercana al lago, y, aunque no era el propietario, siguió la costumbre habitual de los barones de la madera y envió a sus hombres. Trece de ellos no regresaron; dos de sus cuerpos nunca fueron recuperados; cuatro fueron encontrados, inconcebiblemente, en el lago, a varias millas de donde habían estado cortando madera; los otros fueron descubiertos en varios lugares del bosque.

Hiller pensó que tenía una guerra maderera en sus manos, despidió a sus hombres para engañar a su oponente desconocido y, de repente, les ordenó que volvieran a trabajar en la región prohibida. Después de haber perdido a cinco hombres más, Hiller se retiró y ninguna mano desde su momento tocó el bosque, salvo uno o dos individuos que tomaron tierra allí y se mudaron al área.

Todos y cada uno de estos individuos se fueron en poco tiempo, diciendo poco, pero insinuando mucho. Sin embargo, la naturaleza de sus insinuaciones fue tal que pronto se vieron obligados a abandonar cualquier explicación; tan increíbles eran las historias que contaban, historias sobre una maldad milenaria que precedía a todo lo soñado incluso por el arqueólogo más erudito. Solo uno de ellos desapareció y nunca se encontró rastro de él. Los otros regresaron del bosque y con el paso del tiempo se perdieron en algún lugar, todos excepto un mestizo conocido como el Viejo Peter, que estaba obsesionado con la idea de que había depósitos minerales en las cercanías del bosque, y de vez en cuando iba a acampar en su linde, con cuidado de no aventurarse a entrar.

Era inevitable que las leyendas de Rick's Lake finalmente llegaran a la atención del profesor Upton Gardner de la universidad estatal; había completado colecciones de Paul Bunyan, Whiskey Jack y Hodag, y estaba comprometido con una recopilación de leyendas de lugares cuando se encontró por primera vez con los curiosos cuentos medio olvidados que emanaban de aquella región.

Más tarde descubrí que su primera reacción ante ellos fue de interés casual; las leyendas abundan en lugares apartados, y nada indica que sean más importantes que otras. Es cierto que no hubo similitud en el sentido más estricto de la palabra con los cuentos más familiares; porque, mientras que las leyendas habituales se referían a apariciones fantasmales de hombres y animales, tesoros perdidos, creencias tribales y cosas por el estilo, las de Rick's Lake eran curiosamente inusuales en su insistencia en criaturas completamente extravagantes, o una criatura, ya que nadie había informado

haber visto más de una, incluso vagamente, en la oscuridad del bosque, mitad hombre, mitad bestia.

Sin embargo, el profesor Gardner, con toda probabilidad, habría hecho poco más que añadir a su colección las leyendas tal como las escuchó, si no hubiera sido por los informes, aparentemente inconexos, de dos hechos curiosos y el descubrimiento accidental de un tercero.

Los dos hechos fueron publicados por periódicos de Wisconsin con una semana de diferencia entre sí. El primero era un informe escueto y medio cómico titulado: ¿SERPIENTE MARINA EN WISCONSIN LAKE?:

«El piloto Joseph X. Castleton, en un vuelo de prueba sobre el norte de Wisconsin, informó haber visto un animal grande de algún tipo bañándose por la noche en un lago del bosque en las cercanías de Chequamegon. Castleton quedó atrapado en una tormenta y volaba bajo en ese momento, cuando, en un esfuerzo por determinar su ubicación, miró hacia abajo cuando un rayo brilló, y vio lo que parecía ser un animal muy grande que se elevaba de las aguas de un lago debajo de él y luego desaparecía en el bosque. El piloto no agregó detalles a su historia, pero afirma que la criatura que vio no era el monstruo del lago Ness»

La segunda fue la historia absolutamente fantástica del descubrimiento del cuerpo del P. Piregard, bien conservado, en el tronco hueco de un árbol junto al río Brule. Al principio, este miembro perdido de la Expedición Marquette Jolliet, Piregard fue rápidamente identificado. A este informe se adjuntó una fría declaración del presidente de la Sociedad Histórica del Estado que desestima el descubrimiento como un engaño.

El descubrimiento que hizo el profesor Gardner fue simplemente que un viejo amigo era en realidad el dueño del albergue abandonado a orillas de Rick's Lake.

Por tanto, la secuencia de acontecimientos era claramente inevitable. El profesor Gardner asoció instantáneamente ambos relatos de los periódicos con las leyendas de Rick's Lake. Esto podría no haber sido suficiente para incitarlo a dejar sus investigaciones sobre las leyendas que abundan en Wisconsin para una investigación específica de otro tipo, pero la ocurrencia de algo aún más asombroso lo envió rápidamente al propietario de la logia abandonada para obtener permiso de ocuparla en interés de la ciencia.

Lo que lo impulsó a tomar esta acción fue nada menos que una solicitud del curador del museo estatal para visitar su oficina una noche y ver una nueva exhibición que había llegado. Fue allí en compañía del Laird Dorgan, y fue Laird quien vino a verme.

Pero eso fue después de que el profesor Gardner desapareciera.

Porque él desapareció; Después de informes esporádicos de Rick's Lake durante un período de tres meses, todas las noticias del albergue cesaron por completo y no se supo nada más del profesor Upton Gardner.

Laird vino a mi habitación en el University Club a última hora de una noche de octubre; sus francos ojos azules estaban nublados, sus labios tensos, su ceño fruncido, y había todo para mostrar que estaba en un estado de excitación moderada que no derivaba del licor. Supuse que estaba trabajando demasiado; las pruebas del primer período en sus clases de la Universidad de Wisconsin acababan de terminar; y Laird habitualmente se tomaba los exámenes en serio; incluso cuando era estudiante lo había hecho, y ahora como instructor, era doblemente consciente.

Pero no era ese el motivo. El profesor Gardner había estado desaparecido desde hacía casi un mes, y eso era lo que le preocupaba. Lo dijo con muchas palabras y agregó:

—Jack, tengo que ir allí y ver qué puedo hacer.

—Hombre, si la policía no ha descubierto nada, ¿qué puedes hacer? —pregunté.

—Por un lado, sé más que ellos.

—Si es así, ¿por qué no les dijiste?

—Porque no es el tipo de cosas a las que prestarían atención.

—¿Leyendas?

—No.

Me miraba especulativamente, como si se preguntara si podía confiar en mí. De repente me di cuenta de la convicción de que él sabía algo que, al menos, meditaba con la mayor preocupación; y al mismo tiempo tuve la sensación de premonición y advertencia más curiosa que jamás haya experimentado. En ese instante, toda la habitación pareció tensa, el aire se electrificó.

—Si voy allí, ¿crees que podrías acompañarme?

—Supongo que podría arreglármelas.

—Bueno —dio una o dos vueltas por la habitación, con ojos melancólicos, mirándome de vez en cuando, todavía traicionando la incertidumbre y la incapacidad de tomar una decisión.

—Mira, Laird, siéntate y tómatelo con calma. Esa cosa del león enjaulado no es bueno para tus nervios.

Él siguió mi consejo; se sentó, se cubrió la cara con las manos y se estremeció. Por un momento me alarmó. Se reclinó y encendió un cigarrillo.

—¿Conoces esas leyendas sobre Rick's Lake, Jack?

Le aseguré que las conocía, y también la historia del lugar desde el principio, tanto como se había registrado.

—¿Y esas historias en los periódicos que te mencioné...?

Asentí. Las recordaba desde que Laird había hablado conmigo del efecto que tenían en su empleador.

—La segunda historia, sobre el padre Piregard —empezó a decir, vaciló y se detuvo. Pero luego, tomando una respiración profunda, comenzó de nuevo—. Sabes, Gardner y yo fuimos a la oficina del curador una noche la primavera pasada.

—Sí, estaba en el este en ese momento.

—Por supuesto. Bueno, fuimos para allá. El curador tenía algo que mostrarnos. ¿Qué crees que era?

—Ni idea. ¿Qué era?

—¡Ese cuerpo en el árbol!

—¡No!

—Nos dio una gran sacudida. Allí estaba, tronco hueco y todo, tal como lo habían encontrado. Había sido enviado al museo para su exhibición. Pero, por supuesto, nunca se exhibió, por una muy buena razón. Cuando Gardner lo vio, pensó que era una figura de cera. Pero no fue así.

—¿No quieres decir que era real?

Laird asintió.

—Sé que es increíble.

—Simplemente no es posible.

—Bueno, sí, supongo que es imposible. Pero así fue. Por eso no se exhibió, simplemente se sacó y se enterró.

—No te sigo del todo.

Se inclinó hacia delante y dijo con mucha seriedad:

—Porque cuando entró tenía toda la apariencia de estar completamente preservado, como por algún proceso de embalsamamiento natural. Pero no: estaba helado. Comenzó a descongelarse esa noche. Y había ciertas cosas al respecto que indicaban que el padre Piregard no había estado muerto los tres siglos que la historia decía que sí. El cuerpo comenzó a desmoronarse en una docena de formas, pero sin convertirse en polvo, nada de eso. Gardner estimó que no había estado muerto en cinco años. ¿Dónde había estado mientras tanto?

Al principio no lo hubiera creído. Pero había una inquietante seriedad en Laird que impedía cualquier frivolidad de mi parte. Si hubiera tratado su historia como una broma, como tuve el impulso de hacer, se habría callado como una almeja y habría salido de mi habitación para cavilar sobre esto en secreto. Dios sabe qué daño esto le haría.

Durante un rato no dije absolutamente nada.

—No lo crees.

—No he dicho eso.

—Puedo sentirlo.

—Es difícil de aceptar. Digamos que creo en tu sinceridad.

—Eso es bastante justo —dijo con gravedad—. ¿Crees en mí lo suficiente como para subir al albergue y averiguar qué pudo haber pasado allí?

—Sí. Pero creo que es mejor que lea estos extractos de las cartas de Gardner primero.

Los dejó en mi escritorio. Los había copiado en una sola hoja de papel. Me explicó que las cartas habían sido escritas por Gardner desde el albergue. Cuando terminó, me volví hacia los extractos y leí:

«No puedo negar que en el albergue, en el lago, incluso en el bosque, hay un aura de maldad, de peligro inminente; es más que eso, Laird, si pudiera explicarlo, pero la arqueología es mi fuerte, y no la ficción. Porque se necesitaría ficción, creo, para hacer justicia a esto que siento. Sí, hay momentos en los que tengo la clara sensación

de que alguien o algo me está mirando desde el bosque o desde el lago. Si bien no me incomoda del todo, es suficiente para hacerme hacer una pausa. El otro día logré establecer contacto con el viejo Peter, el mestizo. Cuando le mencioné la cabaña y el bosque se encerró en sí mismo. Pero sí le puso palabras: lo llamó el Wendigo; estás familiarizado con esta leyenda.»

Ésa fue la primera carta, escrita aproximadamente una semana después de que Gardner llegara al albergue abandonado en Rick's Lake. La segunda era extremadamente concisa y había sido enviada por entrega especial.

«¿Envía un cable a la Universidad Miskatonic en Arkham, Massachusetts, para determinar si hay disponible para su estudio una copia fotostática de un libro conocido como Necronomicón, de un escritor árabe que se llama a sí mismo Abdul Alhazred? Pregunta también por los Manuscritos Pnakóticos y el Libro de Eibon, y determina si es posible comprar a través de una de las librerías locales una copia de El Extraño y otros, de H. P. Lovecraft, publicado por Arkham House el año pasado. Creo que estos libros individual y colectivamente pueden ser útiles para determinar qué es lo que acecha este lugar. Porque hay algo; estoy convencido de ello, y cuando les diga que creo que no ha vivido aquí durante años, sino siglos —quizás incluso antes de la época del hombre— comprenderán que puedo estar en el umbral de grandes descubrimientos.»

Por sorprendente que fuera esta carta, la tercera lo fue aún más. Era evidente que había sucedido algo que amenazaba la compostura del profesor Gardner, pues su tercera carta estaba marcada por una perturbación extrema.

«Todo lo malo aquí... no sé si proviene de la Cabra Negra o de algo más que cabalga el viento. ¡Por el amor de Dios... esos malditos fragmentos! ¡Hay algo en el lago también! ¡Y de noche... los ruidos! ¡Qué tranquilo está todo y luego, de repente, esas horribles flautas, esos gritos de agua! Entonces no se oye ni un pájaro, ni un animal, sólo esos horribles sonidos. ¡Y las voces! ¿O es solo un sueño? ¿Es mi propia voz la que escucho en la oscuridad?»

Me encontré cada vez más conmocionado al leer esos extractos. Ciertas implicaciones entre líneas sugerían un mal terrible e intemporal, y sentí que se estaba abriendo ante nosotros una aventura tan increíble, tan extraña y tan peligrosa, que podríamos no regresar para contarla. Sencillamente no sabíamos qué encontraríamos en Rick's Lake.

—¿Qué dices? —preguntó Laird con impaciencia.

—Iré contigo.

—¡Bueno! Todo listo entonces. Incluso tengo un dictáfono y baterías suficientes para

hacerlo funcionar. He hecho arreglos con el sheriff del condado de Pashepaho.

—Un dictáfono —interrumpí—. ¿Para qué?

—Esos sonidos sobre los que escribió el profesor, podemos resolver eso de una vez por todas. Si están ahí para ser escuchados, el dictáfono los grabará; —hizo una pausa, su mirada era severa—. Sabes, Jack, es posible que no salgamos de esta cosa.

—Lo sé.

No lo dije, porque sabía que Laird también sentía lo mismo que yo: que íbamos como dos enanos a enfrentar a un adversario más grande que cualquier Goliath, un adversario invisible y desconocido, que no tenía nombre y estaba envuelto en leyenda y miedo, un morador no solo de la oscuridad del bosque sino de esa mayor oscuridad que la mente del hombre ha tratado de explorar desde su amanecer.

II

El sheriff Cowan estaba en el albergue cuando llegamos. El viejo Peter estaba con él. El sheriff era un individuo alto y saturnino, claramente de origen yanqui; aunque representaba a la cuarta generación de su familia en la zona, hablaba con un acento que sin duda había persistido de generación en generación. El mestizo era un tipo de piel oscura y mal cuidado, parco, y de vez en cuando sonreía como en una broma secreta.

—Tengo un correo expreso que llegó hace algún tiempo para el profesor —dijo el sheriff—. De algún lugar de Massachusetts era uno de ellos, y el otro cerca de Madison. No me pareció que valiera la pena devolverlos. Así que los tomé y los traje con las llaves. No sé qué lograrán ustedes, muchachos, con esa búsqueda. Mi equipo y yo atravesamos todo el bosque y no vimos nada.

—No les estás diciendo todo —intervino el mestizo, sonriendo.

—No hay más que contar.

—¿Qué pasa con el tallado?

El sheriff se encogió de hombros con irritación.

—Maldita sea, Peter, eso no tiene nada que ver con la desaparición del profesor.

—Hizo un dibujo de eso, ¿no?

Presionado, el sheriff nos confió que dos miembros de su grupo se habían topado con

una gran losa o roca en el centro del bosque; estaba cubierta de musgo y maleza, pero había sobre ella un dibujo extraño, claramente tan antiguo como el bosque, probablemente obra de una de las tribus indias primitivas que alguna vez habitaron el norte de Wisconsin antes de los Sioux y los Winnebago.

El viejo Peter gruñó con desprecio.

—Ningún dibujo indio.

El sheriff dijo que el dibujo representaba algún tipo de criatura, pero nadie supo qué era; ciertamente no era un hombre, pero por otro lado, no parecía ser peludo, como una bestia. Además, el artista desconocido se había olvidado de darle una cara.

—Y junto a él había dos cosas —dijo el mestizo.

—No le presten atención —dijo entonces el sheriff.

—¿Qué dos cosas? —preguntó Laird.

Cowan estaba irritado. De repente se volvió brusco; ordenó al mestizo que se quedara quieto, y continuó diciendo que si lo necesitábamos, estaría en su oficina en Pashepaho. No explicó cómo íbamos a ponernos en contacto con él, ya que no había teléfono en el albergue, pero era evidente que no tenía gran respeto por las leyendas que abundaban sobre la zona en la que nos habíamos aventurado con tanta determinación.

El mestizo nos miraba con una indiferencia casi impasible, interrumpida sólo por su sonrisa maliciosa de vez en cuando, y sus ojos oscuros examinaban nuestro equipaje con aguda especulación e interés. Laird lo miraba a los ojos de vez en cuando, y cada vez el viejo Peter movía los ojos con indolencia.

El sheriff siguió hablando; las notas y dibujos que había hecho el desaparecido estaban en el escritorio que había utilizado en la gran sala que ocupaba casi toda la planta baja del albergue, justo donde los había encontrado; eran propiedad del estado de Wisconsin y debían ser devueltos cuando hubiéramos terminado con ellos. En el umbral, se volvió para despedirse y decir que esperaba que no nos quedáramos demasiado tiempo.

—Aunque no voy a ceder a ninguna de esas ideas locas —dijo— no ha sido broma para el desaparecido.

—El mestizo sabe o sospecha algo —dijo Laird cuando quedamos solos—. Tendremos que ponernos en contacto con él en algún momento cuando el sheriff no esté cerca.

Pusimos manos a la obra y nos acomodamos, guardando los víveres, montando el dictáfono, preparando las cosas para una estancia de al menos quince días; nuestros suministros eran suficientes, y si teníamos que quedarnos más tiempo, siempre podíamos ir a Pashepaho por más comida. Además, Laird había traído dos docenas de cilindros de dictáfono, de modo que teníamos muchos de ellos por tiempo indefinido, sobre todo porque no teníamos la intención de usarlos excepto al dormir, y esto no sería a menudo, porque habíamos acordado que uno de nosotros velaría mientras el otro descansaba, un arreglo que no éramos lo suficientemente optimistas como para creer que funcionaría sin falta, de ahí la máquina. No fue hasta después de haber arreglado nuestras pertenencias que recurrimos a las cosas que había traído el sheriff y, mientras tanto, tuvimos la oportunidad de tomar conciencia del aura muy definida del lugar.

Porque no era imaginación que hubiera un aura extraña en el albergue y los terrenos circundantes. No era solo la quietud inquietante, casi siniestra, los altos pinos, las aguas azul-negras del lago, sino algo más que eso: un aire casi amenazador de espera, una especie de seguridad distante que era ominosa, como uno podría imaginar que un halcón podría sentir tranquilamente cruzando sobre una presa que sabe que no escapará de sus garras.

Tampoco era una impresión fugaz, porque se hizo evidente casi de inmediato, y creció con firmeza a lo largo de la hora que trabajamos allí; además, era tan evidente que Laird lo comentó como si lo hubiera aceptado hace mucho tiempo.

Hay miles de otros lagos en el norte de Wisconsin y Minnesota, y aunque muchos de ellos no se encuentran en áreas forestales, los que sí lo están no difieren mucho en sus aspectos físicos; de modo que no había nada en la apariencia del lugar que contribuyera a la inquietante sensación de horror que parecía invadirnos desde afuera. De hecho, el escenario era más bien el contrario; bajo el sol de la tarde, el antiguo albergue, el lago, el bosque alto que lo rodeaba, tenían un agradable aire de reclusión, un aire que hacía que el contraste con el aura intangible del mal fuera aún más agudo y temible. La fragancia de los pinos, junto con la frescura del agua, sirvió también para enfatizar el estado de ánimo incierto de amenaza.

Pasamos por fin al material que había quedado en el escritorio del profesor Gardner. Los paquetes contenían, como se esperaba, una copia de *El extraño* y otros, de H.P. Lovecraft, enviada por los editores, y copias fotostáticas del manuscrito y las páginas impresas tomadas del *Textos de R'lyeh* y *De Vermis Mysteriis* de Ludvig Prinn, aparentemente enviadas para complementar los primeros datos enviados al profesor por el bibliotecario de la Universidad de Miskatonic, porque entre el material traído por el sheriff encontramos ciertas páginas del *Necronomicón*, en la traducción de Olaus Wormius, y también de los *Manuscritos Pnakóticos*. Pero no fueron estas páginas, que en su mayor parte eran ininteligibles para nosotros, las que llamaron nuestra atención. Fueron las notas fragmentarias dejadas por el profesor Gardner.

Era bastante evidente que no había tenido tiempo para escribir preguntas y pensamientos que se le habían ocurrido y, aunque había poca asimilación manifiesta, en lo que había escrito había una cierta sugestión terrible.

«¿Es la losa (a) solo una ruina antigua, (b) un marcador similar a una tumba, (c) o un punto focal para Él? Si es esto último, ¿desde fuera? ¿O desde abajo? (Nada que demuestre que la cosa ha sido alterada). Cthulhu o Kthulhut. ¿En Rick's Lake? ¿Pasaje subterráneo al mar? (Excepto por la historia del aviador, no hay nada que demuestre que la Cosa tiene algo que ver con el agua. Probablemente no sea uno de los seres acuáticos).»

«Hastur. Pero las manifestaciones tampoco parecen haber sido de seres aéreos.»

«Yog-Sothoth. Ciertamente de la tierra, pero no es el Morador de la Oscuridad. (La Cosa, sea lo que sea, debe formar parte de las deidades de la tierra, aunque viaja en el tiempo y el espacio. Posiblemente podría ser más de una, de la cual solo la manifestación terrestre es ocasionalmente visible. ¿Ithaqua, quizás?)

«Morador en la Oscuridad. ¿Podría ser el mismo que el Ciego, Sin Rostro? ¿Se podría decir verdaderamente que vive en la oscuridad? ¿Nyarlatheotep? ¿O Shub-Niggurath?

«¿Qué pasa con el fuego? Debe tener una deidad también. Pero sin mención. (Presumiblemente, si los Seres de la Tierra y el Agua se oponen a los del Aire, entonces deben oponerse también a los del Fuego. Sin embargo, hay evidencia aquí y allá que muestra que hay una lucha más constante entre los Seres del Aire y el Agua que entre los de Tierra y Aire. Abdul Alhazred es condenadamente oscuro en algunos lugares. No hay ninguna pista sobre la identidad de Cthugha en esa terrible nota al pie.)

«Partier dice que estoy en el camino equivocado. No estoy convencido. Quienquiera que toque la música en la noche es un maestro de la cadencia y el ritmo infernales. Y sí, de cacofonía. (CF. Bierce y Chambers.)

Eso era todo.

—¡Qué increíble delirio! —exclamé.

Y sin embargo, no eran galimatías. Aquí habían sucedido cosas extrañas, cosas que exigían una explicación que no era terrestre; y aquí, con la letra de Gardner, había

pruebas que demostraban que no solo había llegado a la misma conclusión, sino que la había aprobado. Independientemente de lo que pueda parecer, Gardner lo había escrito con toda seriedad, y claramente para su uso exclusivo, ya que sólo parecía evidente el esquema más vago y sugerente. Además, las notas tuvieron un efecto sorprendente en Laird; se había puesto bastante pálido y ahora miraba hacia abajo como si no pudiera creer lo que había visto.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Jack, estaba en contacto con Partier.

Recordé el silencio que había provocado la ruptura de la conexión del viejo profesor Partier con la Universidad de Wisconsin. Se había dado a conocer a la prensa que el anciano había sido un tanto demasiado liberal en sus conferencias de antropología, es decir, tenía inclinaciones comunistas, que todos los que conocían a Partier se dieron cuenta de que estaba lejos de los hechos. Pero había dicho cosas extrañas en sus conferencias, había hablado de asuntos horribles y prohibidos, y se había pensado que era mejor dejarlo irse en silencio.

Desafortunadamente, Partier salió trompeteando con su manera despectiva y había sido difícil callar el asunto satisfactoriamente.

—Ahora vive en Wausau —dijo Laird.

—¿Crees que podría traducir todo esto? —pregunté y supe que me había hecho eco del pensamiento en la mente de Laird.

—Está a tres horas en coche. Copiaremos estas notas, y si no pasa nada, si no podemos descubrir nada, iremos a verlo.

Si el albergue de día parecía inquietante en un aire de siniestro, de noche parecía cargado de amenaza. Además, los acontecimientos comenzaron a tener lugar con una rapidez desarmadora e insidiosa, comenzando a mediados de la tarde, cuando Laird y yo estábamos sentados frente a esas curiosas fotostáticas enviadas por la Universidad de Miskatonic en lugar de los libros y manuscritos en sí, que eran demasiado valiosos para permitir que se salieran de su refugio.

La primera manifestación fue tan simple que durante algún tiempo ninguno de los dos notó su extrañeza. Era simplemente el sonido de los árboles en el viento, el canto creciente entre los pinos. La noche era cálida y todas las ventanas del albergue estaban abiertas. Laird comentó sobre el viento y siguió dando voz a su perplejidad con respecto a los fragmentos que teníamos ante nosotros.

No fue hasta que pasó media hora y el sonido del viento se elevó a las proporciones de

un vendaval que a Laird pensó que algo andaba mal, y miró hacia arriba, sus ojos yendo de una ventana abierta a otra con creciente aprensión. Entonces yo también me di cuenta. A pesar del tumulto del viento, ninguna corriente de aire había circulado en la habitación, ¡ni una de las cortinas de luz de la ventana estaba temblando!

Con un movimiento simultáneo, ambos salimos a la amplia galería del albergue.

No había viento, ningún soplo de aire que se agitara para tocar nuestras manos y rostros. Solo se oía el sonido en el bosque. Y ambos miramos hacia donde los pinos se recortaban contra los cielos azotados por las estrellas, esperando que sus copas se doblaran ante un fuerte vendaval; pero no hubo movimiento alguno; los pinos se detuvieron, inmóviles; y el sonido como del viento continuaba a nuestro alrededor. Nos quedamos allí durante media hora, tratando en vano de determinar la fuente del sonido, y luego, tan discretamente como había comenzado, se detuvo.

Se acercaba la medianoche y Laird se preparó para acostarse; había dormido poco la noche anterior y habíamos acordado que yo hiciera la primera guardia hasta las cuatro de la mañana. Ninguno de los dos dijo mucho sobre el sonido en los pinos, pero lo que se dijo indicó un deseo de creer que había una explicación natural para el fenómeno, si pudiéramos establecer un punto de contacto para la comprensión.

Supongo que era inevitable que incluso frente a todos los hechos curiosos que habían llegado a nuestra atención, todavía hubiera un deseo sincero de encontrar una explicación natural. Ciertamente, el miedo más antiguo y el miedo más grande del que es presa el hombre es el miedo a lo desconocido; todo lo que pueda ser racionalizado y explicado no puede ser temido. Pero cada hora era más evidente que nos enfrentábamos a algo que desafiaba todos los fundamentos y credos conocidos, y que dependía de un sistema de creencias que antecedió incluso al hombre primitivo y, de hecho, como sugerían los indicios dispersos en las páginas de la fotostática de la Universidad de Miskatonic, era incluso anterior la tierra misma.

Y siempre estaba ese terror inquietante, la ominosa sugerencia de amenaza de algo mucho más allá del alcance de una inteligencia tan insignificante como la del hombre.

Así, con cierta inquietud, me preparé para mi vigilia. Después de que Laird se fue a su habitación, que estaba en la parte superior, me senté con el libro de Lovecraft, leyendo aquí y allá en sus páginas. Me acomodé en una especie de espera aprensiva. No era que tuviera miedo de lo que pudiera suceder, sino que temía que lo que sucediera pudiera estar más allá de mi comprensión. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, me quedé absorto en *El Extraño y Otros*, con sus infernales sugerencias de maldad antigua, de entidades coexistentes con todo el tiempo y contiguas con todo el espacio, y comencé a comprender, aunque vagamente, una relación entre los escritos de este fantasioso y las curiosas notas que había hecho el profesor Gardner. El factor más perturbador de este conocimiento fue que el profesor

Gardner había escrito sus notas independientes del libro, que había llegado después de su desaparición.

Además, aunque había ciertas claves de lo que Gardner había escrito en el primer material que había recibido de la Universidad de Miskatonic, ahora crecía una gran cantidad de pruebas que indicaban que el profesor había tenido acceso a alguna otra fuente de información.

¿Cuál era esa fuente? ¿Podría haber aprendido algo del viejo Peter? Poco probable. ¿Podría haber ido a Partier? No era imposible que lo hubiera hecho, aunque no le había dado esta información a Laird. Sin embargo, no se podía descartar que se hubiera puesto en contacto con otra fuente de la que no había ni rastro entre sus notas.

Fue mientras estaba envuelto en esta fascinante especulación que tomé conciencia de la música. En realidad, puede haber estado sonando durante algún tiempo antes de que la escuchara, pero no lo creo. Era una melodía curiosa, comenzando como algo adormecedor y armonioso, y luego volviéndose sutilmente cacofónica y demoníaca, aumentando en el tempo, aunque provenía de una gran distancia. La escuché con creciente asombro. Al principio no fui consciente de la sensación de maldad que se apoderó de mí en el momento en que salí y me di cuenta de que la música emanaba de las profundidades del bosque. Allí, también, fui muy consciente de su rareza; la melodía era sobrenatural, completamente extraña, y los instrumentos que se usaban parecían ser flautas, o ciertamente alguna variación de flautas.

Hasta ese momento no hubo ninguna manifestación realmente alarmante. Es decir, no había nada más que la sugerencia de los dos eventos que habían tenido lugar para inspirar miedo. En resumen, siempre existía una buena posibilidad de que hubiera una explicación natural.

Pero entonces, de repente, ocurrió algo tan absolutamente horrible, algo tan lleno de terror que de inmediato fui presa del miedo más terrible conocido por el hombre, un creciente horror primitivo de lo desconocido, de algo del exterior, porque si yo había tenido dudas acerca de las cosas sugeridas por las notas de Gardner y el material que las acompañaba, supe instintivamente que eran infundadas, porque el sonido que sucedía a los acordes de esa música sobrenatural era de tal naturaleza que desafiaba toda descripción, y lo desafía incluso ahora.

Era simplemente un aullido espantoso, hecho por ninguna bestia conocida por el hombre, y ciertamente por ningún hombre.

Se elevó a un terrible crescendo y cayó en un silencio que era aún más terrible para este llanto desgarrador. Comenzó con una llamada de dos notas, repetida dos veces, un sonido espantoso: ¡Ygnaiih! ¡Ygnaiih!, y luego se convirtió en un lamento triunfal

que ululó fuera del bosque y en la noche oscura como la horrible voz del pozo mismo: Eh-ya-ya-yayahaaahaaahuaa-ah-ah-ah-ngh'aaaa-ngh'aaa- ya-ya-ya...

Me quedé un minuto absolutamente helado. No podría haber emitido un sonido si hubiera sido necesario para salvar mi vida. La voz había cesado, pero los árboles todavía parecían hacer eco de sus espantosas sílabas. Escuché a Laird caer de su cama, lo escuché bajar las escaleras gritando mi nombre, pero no pude responder. Salió a la veranda y me agarró del brazo.

—¡Dios! ¿Qué fue eso?

—¿Lo escuchaste?

—Escuché lo suficiente.

Nos quedamos esperando que volviera a sonar, pero no se repitió. Tampoco hubo repetición de la música. Regresamos a la sala de estar y esperamos allí, ninguno de los dos pudo dormir. ¡Pero no hubo otra manifestación de ningún tipo durante el resto de esa noche!

III

Los sucesos de esa primera noche decidieron nuestra dirección al día siguiente. Porque, al darse cuenta de que estábamos demasiado mal informados para hacer frente a cualquier entendimiento de lo que estaba sucediendo, Laird puso el dictáfono para esa segunda noche y partimos hacia Wausau y el profesor Partier, con la intención de regresar al día siguiente.

Con previsión, Laird llevó consigo nuestra copia de las notas que Gardner había dejado.

El profesor Partier, al principio reacio a recibirnos, finalmente nos admitió en su estudio en el corazón de la ciudad de Wisconsin, y quitó libros y papeles de dos sillas para que pudiéramos sentarnos. Aunque tenía la apariencia de un anciano, llevaba una larga barba blanca y un mechón de cabello blanco y desordenado debajo de su gorro negro. Era delgado, de dedos huesudos, rostro demacrado, con profundos ojos negros, y sus facciones estaban marcadas en una expresión de profundo cinismo. No hizo ningún esfuerzo por hacernos sentir cómodos. Reconoció a Laird como el secretario del profesor Gardner, y dijo con brusquedad que era un hombre ocupado preparando el que sin duda sería su último libro, y nos agradecería si explicáramos el objeto de nuestra visita de la forma más concisa posible.

—¿Qué sabe sobre Cthulhu? —preguntó Laird sin rodeos.

La reacción del profesor fue de asombroso. De un anciano cuya actitud había sido una de superioridad y desdén distante, se volvió instantáneamente cauteloso y alerta. Con exagerado cuidado, dejó el lápiz que había estado sosteniendo, sus ojos nunca dejaron de mirar el rostro de Laird, y se inclinó un poco hacia adelante sobre su escritorio.

—Entonces —dijo, y se echó a reír con una risa que era como el cacareo de un centenario—. Vienen a mí para preguntar por Cthulhu. ¿Por qué?

Laird explicó secamente que estábamos empeñados en descubrir qué le había sucedido al profesor Gardner. Dijo todo lo que consideró necesario, mientras el anciano cerraba los ojos, tomaba el lápiz una vez más y, golpeando suavemente con él, escuchaba con marcado cuidado, incitando a Laird de vez en cuando. Cuando terminó, el profesor Partier abrió los ojos lentamente y nos miró con una expresión que no era diferente a la de la pena mezclada con el dolor.

—Entonces él me mencionó, ¿verdad? Pero no tuve ningún contacto con él más que una llamada telefónica —frunció los labios—. Tenía más referencias a una controversia anterior que a sus descubrimientos en Rick's Lake. Ahora me gustaría darles un pequeño consejo.

—Para eso hemos venido.

—Váyanse de ese lugar y olvídense de él.

Laird negó con la cabeza con determinación.

Partier lo estimó, sus ojos oscuros desafiando su decisión; pero Laird no vaciló. Se había embarcado en esta empresa y tenía la intención de llevarla a cabo.

—Estas no son fuerzas con las que el hombre común esté acostumbrado a tratar —dijo entonces el anciano—. Francamente, no estamos equipados para hacerlo.

Entonces empezó a hablar de asuntos tan alejados de lo mundano como para estar casi más allá de la concepción. De hecho, pasó algún tiempo antes de que comenzara a comprender lo que estaba insinuando, porque su concepto era tan amplio e impresionante que era difícil de comprender para cualquiera acostumbrado a una existencia tan prosaica como la mía. Quizás fue porque Partier comenzó indirectamente sugiriendo que no eran Cthulhu o sus secuaces los que frecuentaban Rick's Lake, sino claramente otro; la existencia de la losa y lo que estaba tallado en ella indicaban la naturaleza del ser que habitaba allí de vez en cuando. El profesor Gardner, en el análisis final, había tomado el camino correcto, a pesar de pensar que Partier no lo creía. ¿Quién era el ciego sin rostro sino Nyarlathotep? Ciertamente no Shub-Niggurath.

Aquí Laird lo interrumpió para presionar por algo más comprensible, y luego, por fin, dándose cuenta de que no sabíamos nada, el profesor continuó, todavía con esa manera vagamente irritable y oblicua, exponiendo la mitología, una mitología de la vida prehumana no solo en la tierra, sino en las estrellas de todo el universo.

—No sabemos nada —repetía de vez en cuando—. No sabemos nada en absoluto. Pero hay ciertas señales, ciertos lugares rechazados. Rick's Lake es uno de ellos.

Habló de seres cuyos nombres eran asombrosos, de los Dioses Mayores que viven en Betelgeuse, remotos en el tiempo y el espacio, que habían arrojado al espacio a los Grandes Antiguos, dirigidos por Azathoth y Yog-Sothoth, y contando entre ellos a los Primigenios, engendros del anfibio Cthulhu, los seguidores parecidos a murciélagos de Hastur el Inefable, de Lloigor, Zhar e Ithaqua, que caminaron por los vientos y el espacio interestelar, los seres terrestres, Nyarlathotep y Shub-Niggurath, los seres malvados que siempre buscaron triunfar una vez más sobre los Dioses Mayores, que los habían excluido o encarcelado, como Cthulhu durmió hace mucho tiempo en el reino oceánico de R'lyeh, mientras Hastur fue encarcelado sobre una estrella negra cerca de Aldebarán en las Híades.

Mucho antes de que los seres humanos caminaran por la tierra, el conflicto entre los Dioses Mayores y los Grandes Antiguos había tenido lugar; y de vez en cuando los Antiguos habían intentado un resurgimiento hacia el poder, a veces para ser detenidos por la interferencia directa de los Dioses Mayores, pero más a menudo por la agencia de seres humanos o no humanos. Según las notas de Gardner, los Antiguos eran fuerzas elementales. Y en cada resurgimiento, la marca del mismo había quedado profundamente marcada en la memoria del hombre, aunque se hizo todo lo posible por eliminar la evidencia y callar a los sobrevivientes.

—¿Qué pasó en Innsmouth, Massachusetts, por ejemplo? —preguntó el profesor—. ¿Qué ocurrió en Dunwich? ¿En la naturaleza de Vermont? ¿En la vieja casa de Tuttle en Aylesbury? ¿Qué hay del misterioso culto de Cthulhu y el extraño viaje de exploración a las Montañas de la Locura? ¿Qué seres habitaban en la meseta oculta y rechazada de Leng? ¿Y qué hay de Kadath en el Yermo Frío? ¡Lovecraft lo sabía! Gardner y muchos otros han tratado de descubrir esos secretos, de vincular los increíbles sucesos que han tenido lugar aquí y allá en la faz del planeta, pero los Antiguos no desean que el simple hombre sepa demasiado. ¡Tengan cuidado!

Tomó las notas de Gardner sin darnos la oportunidad de decir nada, y las estudió, se puso un par de anteojos con montura dorada que lo hacían parecer más anciano, y siguió hablando, más para él que para nosotros, diciendo que se sostenía que los Antiguos habían alcanzado un mayor grado de desarrollo en algunos aspectos de la ciencia de lo que hasta ahora se creía posible, pero que, por supuesto, no se sabía nada.

La forma en que enfatizaba consistentemente esto indicaba muy claramente que solo un tonto o un idiota no creería, con pruebas o sin ellas. Pero en la siguiente oración, admitió que había pruebas ciertas: la placa repugnante y bestial con una representación de una monstruosidad infernal que caminaba sobre los vientos sobre la tierra que se encontró en la mano de Josiah Alwyn cuando su cuerpo fue descubierto en una pequeña isla del Pacífico. meses después de su increíble desaparición de su casa en Wisconsin; los dibujos hechos por el profesor Gardner e, incluso más que cualquier otra cosa, esa curiosa losa de piedras talladas en el bosque de Rick's Lake.

—Cthugha —murmuró entonces, asombrado—. No he leído la nota a pie de página a la que hace referencia. Y no hay nada en Lovecraft —sacudió la cabeza—. No, no lo sé —miró hacia arriba—. ¿Pueden sacarle información al mestizo?

—Hemos pensado en eso —admitió Laird.

—Bueno, ahora les aconsejo que lo intenten. Parece evidente que sabe algo; puede que no sea más que una exageración a la que se ha prestado su mente más o menos primitiva; pero por otro lado, ¿quién puede decirlo?

Más que esto, el profesor Partier no pudo o no quiso decirnos. Además, Laird se mostró reacio a preguntar, porque era evidente que existía una conexión terriblemente inquietante entre lo que había revelado, por increíble que pudiera ser, y lo que había escrito el profesor Gardner.

Nuestra visita, sin embargo, a pesar de no haber sido concluyente, o quizás debido a ella, tuvo un efecto curioso en nosotros. La misma indefinición del resumen y los comentarios del profesor, junto con pruebas tan fragmentarias e inconexas que nos habían llegado independientemente de Partier, nos tranquilizó y aumentó la determinación de Laird de llegar al fondo del misterio que rodeaba la desaparición de Gardner, un misterio que ahora abarcaba los secretos Rick's Lake y el bosque que lo rodea.

Al día siguiente regresamos a Pashepaho y, por suerte, pasamos por el viejo Peter en el camino que conduce al pueblo. Laird redujo la velocidad, retrocedió y se inclinó para encontrarse con la mirada especulativa del anciano.

—Sube —dijo Laird.

El viejo Peter subió y se sentó en el borde del asiento hasta que Laird sacó una botella y se la ofreció. Entonces sus ojos se iluminaron; la tomó con entusiasmo y bebió profundamente, mientras Laird charlaba un poco sobre la vida en los bosques del norte y animaba al mestizo a hablar sobre los depósitos minerales que creía encontrar en las cercanías de Rick's Lake. De esta manera se recorrió cierta distancia, y durante este tiempo, el mestizo retuvo la botella, devolviéndola por fin cuando estuvo casi

vacía. No estaba ebrio en el sentido más estricto de la palabra, pero estaba desinhibido, y no protestó cuando tomamos el camino del lago, aunque cuando vio el albergue y supo dónde estaba, dijo con voz ronca que estaba fuera de su ruta y tenía que regresar antes de que oscureciera.

Habría vuelto de inmediato, pero Laird lo convenció de que entrara con la promesa de que le prepararía una bebida. Y lo hizo. Le preparó un trago lo más fuerte que pudo.

No fue hasta que comenzó a sentir sus efectos, que Laird se centró en el tema de lo que Peter sabía sobre el misterio de la región de Rick's Lake, e instantáneamente el mestizo se quedó con la boca cerrada, murmurando que no diría nada, que no había visto nada, que todo era un error, sus ojos pasaron de uno a otro de nosotros. Pero Laird insistió. Había visto la losa de piedra tallada, ¿no? Sí, de mala gana. ¿Nos llevaría allí? Peter negó con la cabeza violentamente. Ahora no. Estaba casi oscuro.

Pero Laird se mostró inflexible, y finalmente el mestizo, convencido por la insistencia de que podían regresar al albergue e incluso a Pashepaho, si Peter quería, antes de que cayera la noche, consintió en llevarnos a la losa. Luego, a pesar de su inestabilidad, se internó rápidamente en el bosque a lo largo de un camino que difícilmente podría llamarse sendero, tan débil era, y trotó a lo largo de casi una milla antes de detenerse en seco y, de pie detrás de un árbol, como si tuviese miedo de que lo vieran, señaló temblorosamente un pequeño lugar abierto rodeado de árboles altos a una distancia suficiente para que se pudiera ver un amplio cielo desde arriba.

—Ahí, eso es todo.

La losa era visible sólo en parte debido al musgo. Laird, sin embargo, por el momento sólo estaba interesado en él de forma secundaria; era evidente que el mestizo estaba aterrorizado por el lugar y solo deseaba escapar.

—¿Te gustaría pasar la noche aquí, Peter? —preguntó Laird.

El mestizo le lanzó una mirada asustada.

—¿Yo? ¡Dios, no!

De repente, la voz de Laird se endureció.

—A menos que nos digas qué fue lo que viste aquí, eso es lo que vas a hacer.

El mestizo no estaba tan ebrio como para no poder prever la posibilidad de que Laird y yo pudiéramos vencerlo y atarlo a un árbol. Sabía que en su condición no podía dejarnos atrás.

—No me obligues a hablar —dijo—. No se supone que hable sobre eso. Nunca se lo dije a nadie, ni siquiera al profesor.

—Queremos saber, Peter —dijo Laird sin atenuar el tono de amenaza.

El mestizo empezó a temblar; se volvió y miró la losa como si pensara que en cualquier momento un ser enemigo podría surgir de ella y avanzar hacia él con intenciones letales.

—No puedo, no puedo —murmuró, y luego, forzando a sus ojos inyectados en sangre a encontrarse con los de Laird una vez más, dijo en voz baja—: No sé qué fue. ¡Dios mío! fue horrible. Era una cosa, no tenía cara, gritaba tanto que pensé que mis tímpanos se reventarían. Y las cosas que estaban con ella... ¡Dios! —se estremeció y retrocedió hacia nosotros—. Honestamente, Dios mío, lo vi allí una noche. Simplemente vino del aire, cantando y llorando y esas cosas tocando esa maldita música. Supongo que estuve loco por un tiempo antes de escapar —su voz se quebró, su vívida memoria recreó lo que había visto; se volvió y gritó con dureza—: ¡Vámonos de aquí!

Laird y yo corrimos tras él, alcanzándolo fácilmente, Laird asegurándole que lo sacaríamos del bosque en el coche y que estaría bien lejos antes de que la oscuridad lo alcanzara. Estaba tan convencido como yo de que no había nada imaginado en el relato del mestizo, que de hecho nos había contado todo lo que sabía; y estuvo en silencio todo el camino de regreso. Le dejamos cinco dólares al desgraciado para que pudiera olvidar lo que había visto en el licor si así lo deseaba.

—¿Qué piensas? —preguntó Laird cuando llegamos al albergue.

Negué con la cabeza.

—Los sonidos que escuchó el profesor Gardner, y ahora esto —dijo Laird—. Todo coincide condenadamente, horriblemente —se volvió hacia mí con una urgencia intensa y fija—. Jack, ¿estás dispuesto a visitar esa losa esta noche?

—Ciertamente.

—Lo haremos.

No fue hasta que estuvimos dentro del albergue que pensamos en el dictáfono, y luego Laird se preparó de inmediato para reproducir lo que había grabado. Aquí al menos, reflexionó, no había nada que dependiera en modo alguno de la imaginación de nadie; aquí estaba el producto de la máquina, puro y simple. La máquina no tenía nervios ni imaginación, no conocía el miedo ni la esperanza. Creo que, como mucho, contamos con escuchar una repetición de los sonidos de la noche anterior; ni en nuestros sueños más locos esperábamos lo que realmente escuchamos, porque la grabación pasó de lo

prosaico a lo increíble, de lo increíble a lo horrible, y finalmente a una revelación cataclísmica que nos dejó completamente separados de cada credo.

Comenzó con el canto ocasional de somorgujos y búhos, seguido de un período de silencio. Luego hubo una vez más ese familiar sonido de prisa, como el del viento en los árboles, y esto fue seguido por el curioso y cacofónico sonido de las flautas. Luego se grabaron una serie de sonidos, que dejó aquí exactamente como los escuchamos en esa inolvidable hora de la tarde:

«¡Ygnaiih! ¡Ygnaiih!
EEE-ya-ya-ya-yahaaahaaahaaa-ah-ah-ahnggh'aaa-ngh'aaa-ya-ya-yaaa! (Con una voz que no era ni humana ni bestial, sino ambos)

(Un ritmo aumentado en la música, volviéndose más salvaje y demoníaco).

«Poderoso Mensajero: Nyarlathotep... desde el mundo de los Siete Soles a su lugar terrestre, el Bosque de N'gai, adonde puede venir Aquel Que No Debe Ser Nombrado... Habrá abundancia de los de la Cabra Negra de los Bosques (Con una voz curiosamente humana)

(Una sucesión de sonidos extraños, como si la audiencia respondiera: un zumbido, como de cables de telégrafo)

«¡Iä! ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡Ygnaiih! ¡Ygnaiih! EEE-yaa-yaa— ¡haahaaa-haaaa! (En la voz original, ni humana ni bestial, pero ambos)

«Ithaqua te servirá, Padre de los millones de favorecidos, y Zhar será convocado desde Arcturus, por orden de 'Umr at-Tawil, Guardián de la Puerta... Os uniréis en alabanza de Azathoth, del Gran Cthulhu, de Tsathoggua (La voz humana de nuevo)

«Avanza en su forma o en cualquier forma elegida bajo la apariencia de hombre, y destruye lo que pueda llevarlos a nosotros... (La voz mitad bestial, mitad humana una vez más)

(Un interludio de furiosos cantos, acompañado una vez más por un sonido como del batir de grandes alas)

«¡Ygnaiih! Y'bthnk... b'ehye-n'grkdl'lh... >¡Iä! ¡Iä! ¡Iä! (Como un coro)

Estos sonidos habían sido espaciados de tal manera que parecía como si los seres que los originaban se movieran dentro o alrededor de la cabaña, y el último canto coral se desvaneció, como si las criaturas se fueran. De hecho, siguió un intervalo de silencio tal que Laird se había movido para apagar la máquina cuando una vez más salió una voz. Pero la voz que ahora emanaba del dictáfono, simplemente por su naturaleza, nos

llevó a un clímax todo el horror acumulado por los bramidos y cánticos medio bestiales se transformó en algo completamente nuevo:

—¡Dorgan! ¡Laird Dorgan! ¿Puedes escucharme?

Era un susurro ronco y urgente llamando a mi compañero, que ahora estaba sentado con la cara pálida, mirando la máquina sobre la cual su mano todavía estaba en equilibrio.

Nuestros ojos se encontraron. No era la apelación, no era todo lo que había sucedido antes, era la identidad de esa voz, ¡porque era la voz del profesor Gardner!

Pero no tuvimos tiempo de reflexionar sobre esto, porque el dictáfono continuó mecánicamente.

—¡Escúchame! Abandona este lugar. Olvídalo. Pero antes de irte, invoca a Cthugha. Durante siglos, este ha sido el lugar donde los seres malvados del cosmos más externo han tocado la tierra. Lo sé. Yo soy de ellos. Me han tomado a mí, como se llevaron a Piregard y a muchos otros, a todos los que entraron imprudentemente a su bosque y a quienes no destruyeron de inmediato. Es Su bosque, el Bosque de N'gai, la morada terrestre del Ciego, el Sin Rostro, el Aullador de la Noche, el Morador de la Oscuridad, Nyarlathotep, que solo teme a Cthugha. He estado con él en los espacios estelares. He estado en la meseta de Leng, hasta Kadath en el Desierto Frío, más allá de las Puertas de la Llave de Plata, incluso hasta Kythamil cerca de Arcturus y Mnar, hasta N'kai y el lago de Hali, hasta K'n-yan y la legendaria Carcosa, a Yaddith e Y'ha-nthlei cerca de Innsmouth, a Yoth y Yuggoth, y desde lejos he mirado a Zothique, desde el ojo de Algol. Cuando Fomalhaut haya coronado los árboles, llame a Cthugha con estas palabras, repetidas tres veces: Ph'nglui mglw'nafh Cthugha Fomalhaut n'gha-ghaa naf'l thagn! ¡Ia! ¡Cthugha! Cuando él venga, vete de inmediato, no sea que tú también seas destruido. Porque es apropiado que este maldito lugar sea destruido para que Nyarlathotep ya no salga del espacio interestelar. ¿Me escuchas, Dorgan? ¿Me escuchas? ¡Dorgan! ¡Laird Dorgan!...

Hubo un sonido repentino de protesta, seguido por un ruido de forcejeo, como si Gardner hubiera sido retirado por la fuerza, y luego silencio, absoluto y completo.

Por unos momentos Laird dejó correr el disco, pero no hubo nada más, y finalmente lo colocó de nuevo.

—Creo que será mejor que copiemos eso lo mejor que podamos.

—¿Realmente crees que era el profesor?

—Reconocería su voz en cualquier lugar —dijo brevemente.

—¿Está vivo entonces?

Me miró con los ojos entrecerrados.

—No lo sabemos.

—¡Pero su voz!

Sacudió la cabeza, porque los sonidos estaban saliendo una vez más, y ambos tuvimos que inclinarnos a la tarea de copiar, que fue más fácil de lo que prometía, porque los espacios entre los discursos eran lo suficientemente grandes como para permitirnos copiar sin prisa indebida. El lenguaje de los cánticos y las palabras a Cthugha enunciadas por la voz de Gardner ofrecieron una dificultad extrema, pero mediante repetidas ejecuciones, logramos anotar el equivalente aproximado de los sonidos. Cuando finalmente terminamos, Laird apagó el dictáfono y me miró con ojos llenos de preocupación e incertidumbre.

Había lugar para la duda sobre leyendas, creencias y cosas por el estilo, pero el registro infalible del dictáfono era concluyente, incluso si no hacía más que verificar credos medio escuchados, porque era cierto, todavía no había nada definitivo; era como si el todo estuviese tan completamente más allá de la comprensión del hombre que sólo en la sugerencia indirecta de sus partes individuales podría lograrse algo parecido a la comprensión, como si el todo fuera demasiado indescriptiblemente abrasador para que la mente del hombre lo soportara.

—Fomalhaut aparece casi al atardecer, un poco antes, creo —reflexionó Laird. Claramente, como yo, había aceptado lo que habíamos escuchado—. Debería estar por encima de los árboles, presumiblemente de veinte a treinta grados por encima del horizonte, porque no pasa lo suficientemente cerca del cenit en esta latitud para aparecer por encima de estos pinos, aproximadamente una hora después de que anochezca. Digamos las nueve y media más o menos.

—¿No estás pensando en probarlo esta noche? —pregunté—. Después de todo, ¿qué significa? ¿Quién o qué es Cthugha?

—No sé más que tú. Y no lo intentaré esta noche. Te has olvidado de la losa. ¿Todavía estás dispuesto a salir después de esto?

Asentí. No confiaba en mí mismo para hablar, pero no me consumía ningún entusiasmo por desafiar la oscuridad que persistía como una entidad viviente dentro del bosque que rodeaba Rick's Lake.

Laird miró su reloj, y luego a mí, sus ojos ardían con una especie de determinación

febril, como si se estuviera obligando a dar este último paso para enfrentar al ser desconocido cuyas manifestaciones habían hecho suyo el bosque. Si esperaba que dudara, se decepcionó; por muy acosado por el miedo que pudiera estar, no lo demostraría. Me levanté y salí del albergue a su lado.

IV

Hay aspectos de la vida oculta, tanto externos como profundos de la mente, que es mejor mantenerlos en secreto y alejados de la conciencia del hombre común; porque acechan en los lugares oscuros; pertenecen a un estrato del subconsciente que afortunadamente está más allá de la comprensión; de hecho, hay aspectos de la creación tan grotescamente estremecedores que la sola vista de ellos arruinaría la cordura del hombre. Afortunadamente, no es posible ni siquiera sugerir lo que vimos en la losa del bosque en Rick's Lake esa noche de octubre, porque era tan increíble, trascendiendo todas las leyes conocidas de la ciencia, que las palabras adecuadas para su descripción no existe en ningún idioma.

Llegamos al cinturón de árboles alrededor de la losa mientras el resplandor crecía aún en los cielos occidentales, y mediante la iluminación de una linterna que llevaba Laird, examinamos la cara de la losa y la talla en ella: de una criatura inmensa y amorfa. Había sido dibujado por un artista que evidentemente carecía de imaginación suficiente para grabar el rostro de la criatura, porque no tenía ninguno, y sólo tenía una curiosa cabeza en forma de cono que incluso en la piedra parecía tener una fluidez desconcertante; además, se describía a la criatura con apéndices y manos en forma de tentáculo, o crecimientos similares a las manos, no solo dos, sino varias; de modo que parecía tanto humana como inhumana en su estructura. Junto a ella había dos figuras rechonchas parecidas a calamares. Sus cabezas, presumiblemente, aunque ningún contorno era definitivo, proyectaban lo que ciertamente debían haber sido instrumentos de algún tipo, porque los extraños y repugnantes asistentes parecían tocarlos.

Nuestro examen fue necesariamente apresurado, porque no queríamos arriesgarnos a ser. Puede ser que, dadas las circunstancias, la imaginación nos venciera. A pesar de la conciencia acelerada y el miedo irracional a lo desconocido que nos obsesionaba, mantuvimos una actitud abierta y decidida sobre cada aspecto del problema que habíamos decidido resolver. A la luz de la razón, las tallas en esa losa no solo eran obscenas, sino bestiales y aterradoras más allá de toda medida, particularmente a la luz de lo que Partier había insinuado, y lo que las notas de Gardner y el material de la Universidad de Miskatonic habían esbozado vagamente. Aunque el tiempo lo hubiera permitido, es dudoso que hubiéramos podido contemplarlos durante mucho tiempo.

Nos retiramos a un lugar comparativamente cercano al camino que debíamos tomar para regresar al albergue, pero no demasiado lejos de la losa, de modo que pudiéramos ver claramente y permanecer ocultos en un lugar de fácil acceso. Allí

tomamos nuestra posición y esperamos en ese escalofriante silencio de una tarde de octubre, mientras la oscuridad estigia nos envolvía, y solo una o dos estrellas brillaban en lo alto, milagrosamente visibles entre las altísimas copas de los árboles.

Según el reloj de Laird, esperamos exactamente una hora y diez minutos antes de que comenzara el sonido del viento, y de inmediato hubo una manifestación que tenía todos los adornos de lo sobrenatural; porque tan pronto como comenzó el sonido precipitado, la losa que habíamos dejado tan rápidamente comenzó a brillar, al principio de manera tan indistinguible que parecía una ilusión, y luego con una fosforescencia creciente, hasta que emitió un resplandor tal que fue como si una columna de luz se extendiera hacia los cielos.

Esta fue la segunda circunstancia curiosa: la luz siguió los contornos de la losa y fluyó hacia arriba; no se difundió ni se dispersó por el claro y el bosque, sino que brilló hacia el cielo con la insistencia de un rayo dirigido. Al mismo tiempo, el aire parecía cargado de maldad; todo a nuestro vibraba con un aura de temor que hizo imposible permanecer libre de ella. Era evidente que, de alguna manera desconocida para nosotros, el sonido como del viento que ahora llenaba el aire no solo estaba asociado con el amplio haz de luz que fluía hacia arriba, sino que era causado por él; además, mientras observábamos, la intensidad y el color de la luz variaban constantemente, pasando de un blanco cegador a un verde brillante, del verde a una especie de lavanda; de vez en cuando era tan intensamente brillante que era necesario apartar la mirada, pero en su mayor parte se podía mirar sin dañar nuestros ojos.

Tan repentinamente como había comenzado, el sonido se detuvo, la luz se volvió difusa y tenue; y casi inmediatamente el extraño sonido de flautas golpeó nuestros oídos. No vino de nuestro alrededor, sino de arriba, y al unísono, ambos nos volvimos para mirar tan lejos hacia el cielo como lo permitía la luz que ahora se desvanecía.

No puedo explicar lo que sucedió entonces ante nuestros ojos. ¿Fue en realidad algo que cayó precipitadamente, más bien fluyendo hacia abajo? Porque las masas carecían de forma. ¿O fue producto de una imaginación singularmente uniforme cuando más tarde Laird y yo encontramos la oportunidad de comparar notas? La ilusión de grandes cosas negras que se deslizaban en el camino de esa luz era tan grande que miramos hacia atrás a la losa.

Lo que vimos allí nos envió gritando sin voz desde ese lugar infernal.

Porque, donde sólo un momento antes no había habido nada, ahora había una masa protoplásmica gigantesca, un ser colosal que se elevaba hacia las estrellas, y cuyo ser físico real estaba en constante cambio. Flanqueándolo había dos seres menores, igualmente amorfos, sosteniendo flautas en apéndices y haciendo esa música demoníaca que resonaba en el bosque circundante. Pero la cosa sobre la losa, el Morador de la Oscuridad, era horror puro; porque de su masa de carne amorfa

crecieron a voluntad ojos, tentáculos, garras, manos, y se retiraron nuevamente; la masa misma disminuyó y se hinchó sin esfuerzo, y donde estaba su cabeza y sus rasgos deberían haber estado, sólo había una ausencia blanca de rostro, tanto más horrible porque incluso mientras mirábamos se elevó de su masa ciega un ulular bajo en esa mitad bestial... ¡una voz humana tan familiar para nosotros como la que habíamos registrado en la máquina!

Huimos, digo, tan conmocionados que sólo mediante un supremo esfuerzo de voluntad pudimos emprender la dirección correcta. Y detrás de nosotros se elevó la voz, la voz blasfema de Nyarlathotep, el Ciego, el Sin Rostro, el Mensajero Poderoso. Recordé las palabras asustadas del mestizo, el Viejo Peter, y ahora entendí a qué se refería cuando dijo que sintió que sus tímpanos estallarían. ¡Dios! La voz de ese Ser desde el espacio exterior chillaba y balbuceaba con la música infernal de los horribles flautistas, elevándose para ulular a través del bosque y dejar su huella para siempre en la memoria.

¡Y'gnaiih! ¡Ygnaiih! EEE-yayayayayaaa-haaahaaahaaahaaa-ngh'aaangh'aaa-ya-va-yaaa!

Entonces todo quedó en silencio.

Sin embargo, por increíble que parezca, nos aguardaba el último horror. Porque habíamos estábamos a mitad de camino del albergue cuando nos dimos cuenta de que algo nos seguía. Detrás de nosotros se oyó un espantoso sonido de chapoteo, como si la entidad amorfa hubiera abandonado la losa que en algún tiempo remoto debieron haber erigido sus adoradores, y nos estuviera persiguiendo. Obsesionados por un susto abismal, corrimos desesperadamente, y casi llegamos a la cabaña cuando nos dimos cuenta de que el sonido de chapoteo, el temblor y estremecimiento de la tierra, como si un ser gigantesco caminara sobre ella, había cesado, y en su lugar sólo llegó un sonido de tranquilos y pausados pasos.

¡Pero los pasos no eran los nuestros! Y en el aura de la irrealidad, la temible exterioridad en la que caminábamos y respirábamos, la sugestión de esos pasos era casi enloquecedora.

Llegamos al albergue, encendimos una lámpara y nos hundimos en las sillas para esperar lo que fuera que viniera con tanta firmeza, sin prisa, subiendo los escalones de la veranda, poniendo la mano en el pomo de la puerta, abriéndola...

¡Era el profesor Gardner quien estaba allí!

Entonces Laird se levantó de un salto y gritó:

—¡Profesor Gardner!

El profesor sonrió con reserva y levantó una mano para protegerse los ojos.

—Si no les importa, me gustaría que la luz se atenuara. He estado en la oscuridad tanto tiempo...

Laird se volvió para cumplir sus órdenes sin preguntar, y el profesor entró en la habitación caminando con la facilidad y el equilibrio de un hombre que está tan seguro de sí mismo como si nunca hubiera desaparecido de la faz de la tierra más de tres meses antes, como si no nos hubiera hecho un llamamiento frenético durante la noche pasada, como si...

Miré a Laird; su mano todavía estaba en la lámpara, pero sus dedos ya no bajaban la mecha, simplemente la sostenían, mientras miraba hacia abajo sin ver. Miré al profesor Gardner; se sentó con la cabeza apartada de las luces, los ojos cerrados, una pequeña sonrisa jugando en sus labios; en ese momento tenía el mismo aspecto que yo le había visto a menudo en el University Club de Madison, y era como si todo lo que había ocurrido aquí en el albergue no fuera más que un mal sueño. ¡Pero no fue un sueño!

—¿Escuchaste algo de mi mensaje?

—¿Le gustaría escuchar el disco, señor?

—Sí.

Laird se acercó y lo puso en la máquina para reproducirlo. Nos sentamos en silencio, escuchando todo lo que contenía, sin que nadie dijera nada hasta que se completó. Luego, el profesor giró lentamente la cabeza.

—¿Qué harás con eso?

—No sé qué hacer con eso, señor —respondió Laird—. Los discursos son demasiado inconexos, excepto el suyo. Parece haber algo de coherencia.

De repente, sin previo aviso, la habitación se cargó de amenaza; no fue más que una impresión momentánea, pero Laird la sintió tan intensamente como yo, porque se sobresaltó de forma notable. Estaba tomando el registro de la máquina cuando el profesor volvió a hablar.

—¿No se te ocurre que puedes ser víctima de un engaño?

—No.

—¿Y si te dijera que había descubierto que era posible hacer todos los sonidos

registrados en ese disco?

Laird lo miró durante un minuto completo antes de responder en voz baja que, por supuesto, el profesor Gardner había estado investigando los fenómenos de los bosques de Rick's Lake durante mucho más tiempo que nosotros, y si lo decía...

Una risa áspera escapó del profesor.

—¡Fenómenos completamente naturales, muchacho! Hay un depósito mineral debajo de esa grotesca losa del bosque; emite luz y también un miasma que produce alucinaciones. Es tan simple como eso. En cuanto a las diversas desapariciones, pura locura, fantasías humanas, nada más. Vine aquí con grandes esperanzas de verificar algunas de las tonterías a las que el viejo Partier se prestó hace mucho tiempo, pero —sonrió con desdén, sacudió la cabeza y extendió la mano—. Entrégume la grabación, Laird.

Laird se la entregó. El hombre mayor la tomó y la estaba llevando ante sus ojos cuando movió el codo y, con un grito agudo de dolor, la dejó caer. Se rompió en docenas de pedazos en el suelo del albergue.

—¡Oh! —dijo el profesor—. Lo siento.

—No importa —dijo Laird en voz baja.

—¿Quiere decir que todo en ese disco fue solo su imaginación, profesor? —interrumpí—. ¿Incluso ese canto para la invocación de Cthugha?

Los ojos del hombre mayor se volvieron hacia mí; su sonrisa era sardónica.

—¿Cthugha? ¿Qué crees que es él o eso sino producto de la imaginación de alguien? Y la inferencia, querido muchacho, usa tu cabeza. Tienes ante ti la clara inferencia de que Cthugha tiene su morada en Fomalhaut, que está a veintisiete años luz de distancia, y que, si este canto se repite tres veces cuando Fomalhaut se ha levantado, Cthugha podrá hacer que este lugar ya no sea habitable por hombre o entidad externa. ¿Cómo crees que podría lograrse?

—Vaya, por algo parecido a la transferencia de pensamientos —respondió Laird obstinadamente—. No es descabellado suponer que si dirigiéramos nuestros pensamientos hacia Fomalhaut, algo allí podría recibirlos. El pensamiento es instantáneo. Y, a su vez, puede estar tan altamente desarrollado que la desmaterialización y rematerialización podrían ser igual de inmediatas.

—Mi muchacho, ¿hablas en serio? —la voz del hombre mayor reveló su desprecio.

—Usted preguntó.

—Bueno, entonces, como respuesta hipotética a un problema teórico, puedo pasarlo por alto.

—Francamente —dije de nuevo, haciendo caso omiso de un curioso movimiento negativo de Laird con la cabeza— no creo que lo que vimos en el bosque esta noche fuera solo una alucinación causada por un miasma surgiendo de la tierra.

El efecto de esta declaración fue extraordinario. Visiblemente, el profesor hizo todo lo posible por controlarse; sus reacciones fueron precisamente las de un sabio desafiado por un cretino en una de sus clases. Después de unos momentos, se controló y solo dijo:

—Has estado allí entonces. Supongo que es demasiado tarde para hacerte creer lo contrario...

—Siempre he estado abierto a la convicción, señor, y me inclino por el método científico —dijo Laird.

El profesor Gardner se tapó los ojos con la mano y dijo:

—Estoy cansado. Anoche, cuando estuve aquí, me di cuenta de que estaba en mi antigua habitación, Laird, así que tomaré la habitación de al lado, frente a la de Jack.

Subió las escaleras como si nada hubiera pasado desde la última vez que ocupó el albergue.

V

No podía haber estado dormido durante más de una hora —era la una de la mañana— cuando Laird me despertó. Con voz tensa me ordenó que me levantara y me vistiera, empacara lo esencial y estuviera lista para cualquier cosa. Tampoco me permitió encender una luz, aunque llevaba una pequeña linterna de bolsillo que usaba con moderación. A todas mis preguntas, me advirtió que esperara. Cuando hube terminado, me abrió el camino fuera de la habitación con un susurro:

—Ven.

Fue directamente a la habitación en la que el profesor Gardner había desaparecido. A la luz de su destello, era evidente que la cama no había sido tocada; además, en la tenue película de polvo que yacía en el suelo, estaba claro que el profesor Gardner había entrado en la habitación, se había acercado a una silla junto a la ventana y había vuelto a salir.

—Nunca tocó la cama —susurró Laird.

—¿Pero por qué?

Laird me agarró del brazo con fuerza.

—¿Recuerdas lo que Partier insinuó, lo que vimos en el bosque, lo protoplásmico y amorfo de la cosa? ¿Y qué decía la grabación?

—Pero Gardner nos dijo... —protesté.

Sin una palabra más, se volvió. Lo seguí escaleras abajo, donde se detuvo en la mesa donde habíamos trabajado y la iluminó. Me sorprendió hacer una exclamación de sorpresa que Laird silenció al instante. Porque la mesa estaba vacía de todo menos la copia de El Extraño y otros y tres copias de Weird Tales, una revista que contiene historias que complementan las del libro del excéntrico genio de la Providence, Lovecraft. Todas las notas de Gardner, todas nuestras propias anotaciones, las fotocopias de la Universidad de Miskatonic, todo había desaparecido.

—Él se las llevó —dijo Laird—. Nadie más podría haberlo hecho.

—¿A dónde fue?

—De regreso al lugar de donde vino —se volvió hacia mí, sus ojos brillando en el resplandor de la linterna—. ¿Entiendes lo que eso significa, Jack?

Negué con la cabeza.

—Saben que hemos estado allí, saben que hemos visto y aprendido demasiado...

—¿Pero cómo?

—Tú se lo dijiste.

—¿Yo? Buen Dios, hombre, ¿estás loco? ¿Cómo pude habérselo dicho?

—Aquí, en este albergue, esta noche, tú mismo se lo dijiste, y detesto pensar en lo que podría suceder ahora. Tenemos que escapar.

Por un momento, todos los acontecimientos de los últimos días parecieron fundirse en una masa ininteligible. La urgencia de Laird era inconfundible y, sin embargo, lo que sugirió fue tan absolutamente increíble que su contemplación, incluso por un momento fugaz, arrojó mis pensamientos a la más extrema confusión.

Laird estaba hablando ahora, rápidamente.

—¿No te parece extraño cómo regresó? ¿Cómo salió del bosque después de la cosa infernal que vimos allí, no antes? Y las preguntas que hizo, las derivaciones de esas preguntas. ¿Y cómo se las arregló para romper la grabación, nuestra única prueba científica de algo? ¿Y ahora, la desaparición de todas las notas, de todo lo que pueda apuntar a la sustanciación de lo que él llamó tonterías de Partier?

—Pero si vamos a creer lo que nos dijo...

Me interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Uno de los dos tenía razón. O la voz en el disco o el hombre que estuvo aquí esta noche.

—El hombre...

Pero cualquier cosa que quisiera decir se detuvo con un áspero:

—¡Escucha!

Desde afuera, desde las profundidades de la oscuridad atormentada por el horror, el refugio de la tierra del Morador en la Oscuridad, llegaron una vez más las notas extrañamente hermosas, pero cacofónicas de una música parecida a una flauta, subiendo y bajando, por una especie de ululación cantada, y por el sonido de grandes alas batiendo.

—Sí, lo escucho —susurré.

—¡Escucha atentamente!

Incluso mientras hablaba, lo entendí. Había algo más: los sonidos del bosque no solo subían y bajaban, ¡se acercaban!

—¿Ahora me crees? —preguntó Laird—. ¡Vienen por nosotros!

Se volvió hacia mí.

—¡El canto!

—¿Qué canto? —pregunté estúpidamente.

—El canto de Cthugha, ¿lo recuerdas?

—Lo tengo aquí.

Por un instante temí que esto también nos lo hubieran quitado, pero no fue así; estaba en mi bolsillo donde lo había dejado. Con manos temblorosas, Laird me arrancó el papel de las manos.

—Ph'nglui mglw'nafh Cthugha Fomalhaut n'gha-ghaa naf'l thagn! ¡Ia! ¡Cthugha!
—dijo, corriendo hacia la veranda, yo mismo pisándole los talones.

Del bosque llegó la voz bestial del Morador de la Oscuridad.

—¡Ee-ya-ya-haa-haahaaa! ¡Ygnaiih! ¡Ygnaiih!

—Ph'nglui mglw'nafh Cthugha Fomalhaut n'gha-ghaa naf'l thagn! ¡Ia! ¡Cthugha!
—repitió Laird por segunda vez.

Aún así, el espantoso tumulto de sonidos seguía llegando, de ninguna manera disminuido, elevándose ahora a alturas supremas de furia, con la voz bestial de la cosa de la losa agregada a la música salvaje y loca de las flautas, y el sonido como de alas.

Y luego, una vez más, Laird repitió las palabras primarias del cántico. En el instante en que el sonido gutural final salió de sus labios, comenzó una secuencia de eventos que ningún ojo humano estaba destinado a presenciar.

Porque de repente la oscuridad desapareció, dando paso a un temible resplandor ambarino; simultáneamente cesó la música de flauta, y en su lugar surgieron gritos de rabia y terror. Entonces, aparecieron miles de pequeños puntos de luz, no solo sobre y entre los árboles, sino también en la tierra misma, en el albergue y en el automóvil que estaba frente a él. Por un momento nos quedamos clavados en el lugar, ¡y entonces advertimos que la miríada de puntos de luz eran entidades vivientes de llamas! Porque dondequiera que tocaban ardía el fuego, y al verlo, Laird se apresuró a entrar en el albergue para recoger lo que pudiera llevarse antes de que el holocausto nos hiciera imposible escapar de Rick's Lake.

Salió corriendo, nuestras maletas estaban abajo, jadeando que era demasiado tarde para tomar el dictáfono o cualquier otra cosa, y juntos corrimos hacia el auto, protegiéndonos un poco los ojos de la luz cegadora que nos rodeaba. Pero era imposible no ver las grandes formas amorfas que se elevaban hacia el cielo desde ese lugar maldito, ni el ser igualmente grande flotando como una nube de fuego vivo sobre los árboles. Eso fue lo que vimos antes de que la espantosa lucha por escapar del bosque en llamas nos obligara a olvidar misericordiosamente los demás detalles de aquella terrible y enloquecida huida.

Por horribles que fueran las cosas que ocurrieron en la oscuridad del bosque en Rick's Lake, había algo aún más catastrófico, algo tan blasfemo y concluyente que incluso ahora me estremezco y tiemblo incontrolablemente al pensar en ello. Porque en esa breve carrera hacia el coche, vi algo que explicaba la duda de Laird, vi lo que le había hecho prestar atención a la voz en el disco y no a lo que nos visitó como profesor Gardner.

Los Antiguos no desean que el simple hombre sepa demasiado, había dicho Partier. Y esa terrible voz en la grabación había insinuado aún más claramente: Avanza en su forma o en cualquier forma elegida bajo la apariencia de hombre, y destruye lo que pueda llevarlos a nosotros... ¡Destruye lo que pueda llevarlos a nosotros! Nuestro registro, las notas, las fotocopias de la Universidad de Miskatonic, sí, ¡e incluso Laird y yo! Y la cosa había salido, porque era Nyarlathotep, el Mensajero Poderoso, el Morador de la Oscuridad que había salido y que había regresado al bosque para enviarnos sus secuaces. Era él quien había venido del espacio interestelar incluso cuando Cthugha, el ser del fuego, había llegado de Fomalhaut al pronunciar la orden que lo despertó de su eón de sueño bajo esa estrella de ámbar, la orden de que Gardner, el muerto viviente cautivo del terrible Nyarlathotep, había descubierto en esos fantásticos viajes en el espacio y el tiempo; ¡y fue él quien regresó de donde había venido, con su refugio terrenal destruido por los esbirros de Cthugha!

Lo sé y Laird lo sabe. Nunca hablamos de eso.

Si hubiéramos tenido alguna duda, a pesar de todo lo que había sucedido antes, no podríamos olvidar ese descubrimiento final y desgarrador, lo que vimos cuando protegimos nuestros ojos de las llamas y apartamos la mirada de esos seres en los cielos, la línea de huellas que se alejaba del albergue en dirección a esa losa infernal en lo profundo de la selva negra, las huellas que comenzaban en la tierra blanda más allá de la veranda con la forma de las huellas de un hombre. Cambiaban con cada paso, con variaciones de contorno y tamaño tan grotescas que resultaron incomprensibles para cualquiera que no hubiera visto la cosa en la losa, y junto a ellas, rasgada y como por una fuerza expansiva, la ropa que una vez perteneció al profesor Gardner, dejada pieza por pieza a lo largo del camino de regreso al bosque, el camino tomado por la monstruosidad infernal que había salido de la noche, el Morador de la Oscuridad que nos había visitado en la playa, disfrazado del profesor Gardner!